



VIDA RELIGIOSA, EVANGELIZACION Y POBREZA

Ivone Gebara

"Ningún servidor puede quedarse con dos patrones, porque verá con malos ojos al primero y amará al otro, o bien preferirá al primero y no le gustará el segundo. Es imposible servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas." (Mt. 6, 24)

"Busquen primero el Reino y todo lo que éste supone, y esas cosas vendrán por añadidura." (Mt. 6, 33)

"Ustedes se dan cara de hombres perfectos, pero Dios conoce los corazones, y lo que los hombres tienen por grande, Dios lo aborrece". (Lc. 16, 15)

"Si su vida no es más perfecta que la de los maestros de la Ley y de los fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mt. 5, 20)

1. EL COMPROMISO CON LOS POBRES Y LOS RICOS

En reciente artículo señalaba la diferencia entre los pobres y el compromiso con los pobres.

"Cuando se habla de compromiso con los pobres, inmediatamente se impone una distinción. Es la distinción entre aquellos que hacen el compromiso con los pobres y aquellos que de hecho son pobres, es decir, aquellos que viven primordialmente en la esfera de satisfacción de las necesidades básicas de la sobrevivencia".

Hacer compromiso con los pobres significa que no se es pobre; se es otra cosa, se tiene cierto poder, cierta libertad, cierta

posición que permite ese compromiso. Se asume una actitud de conversión a la causa del pobre que se expresa en comportamientos concretos como el de Zaqueo: "Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien he exigido algo injustamente le devolveré cuatro veces más (Lc. 19, 8).

Esa misma perspectiva continúa a orientar mi reflexión, pues es a partir de ella que me gustaría situar tanto el lugar de los religiosos (as) y del magisterio episcopal, cuanto de todos los cristianos "no pobres". como el lugar de aquellos que se comprometen con los pobres. El lugar social que ocupan no es de pobres. Tal compromiso aparece, pues, como una llamada, una invitación dirigida a aquellos que de hecho lo son: Ese "abrazo" es la exigencia que Jesús coloca como condición para que el "rico" participe del Reino de Dios, dado que los primeros destinatarios de la Buena Nueva son los pobres.

Los Evangelios según Lucas y Mateo atestiguan que Jesús declaró a los pobres bienaventurados, pues de ellos es el Reino de Dios. Jesús declara que es voluntad de Dios la bienaventuranza, la felicidad de los pobres y, además, que Dios es el grande y siempre fiel interesado en la liberación del presente y del futuro de los pobres. Su "misericordia y fidelidad" son sin fin.

La predilección de Dios por los pobres revelada por Jesús, significa fundamentalmente el restablecimiento de la justicia en este mundo. Esa es la tarea que el Padre entrega a Jesús y a todos los que asumieron y asumen la misma misión de Jesús.

Lo que se puede verificar a simple vista es que en esta sociedad todos los privilegios están concretados en pocas manos. Era así en tiempos de Jesús, aunque el contexto socio-económico-político y cultural fuera bastante diverso. Los ricos tienen crédito fácil, alabanza, honores, garantías y otras facilidades. El pobre está a merced de los favores de los ricos y vive en condiciones infrahumanas. Ese es el comportamiento habitual de los hombres, o sea: respiran y crecen en esa **injusticia habitual**, como si ello fuera el curso normal de la historia, como si todo estuviera determinado.

Jesús se opone a esa injusticia habitual de la sociedad y restaura la lógica del amor de Dios, distinto de la lógica de los hombres, la verdadera justicia en el mundo. No es, por lo tanto, por sus cualidades individuales, por su belleza o piedad por lo

que los pobres son bienaventurados, los dueños del Reino, sino por el hecho de ser pobres, despreciados, por tener hambre, sed, por ser perseguidos e injusticiados. Es por el hecho de que su situación real se constituye en un insulto al mismo Dios, porque su situación niega el crecimiento del amor, por lo que el Señor Jesús se empeña en la causa de los abandonados de esta tierra.

En este sentido es como entendemos el compromiso con los pobres, que es el mismo compromiso con Jesús en favor de la restauración de la justicia de Dios en este mundo.

La distinción que dibujé anteriormente es de importancia capital para evitar equívocos en lo que concierne a la realidad de los pobres y para entender los próximos pasos de nuestra reflexión. El término adquiere ahí contornos bien delimitados, pues sitúa a los pobres, como aquellos a quienes la sociedad global margina y reduce a la situación de buscar, apenas, la satisfacción de sus necesidades básicas, cuando no se les impide hasta eso. Son esos pobres, los privilegiados del Reino, quienes constituyen hoy en América Latina la gran mayoría de su población.

2. LA POBREZA RELIGIOSA SEGUN EL DOCUMENTO DE PUEBLA

La línea que orienta el documento de Puebla se sitúa en continuidad al gran clamor lanzado por Medellín contra el pecado institucionalizado en el cual vive el continente latinoamericano. La miseria de las grandes masas, el estado de opresión, violencia y desprecio de los derechos humanos más básicos, aparecen como el gran desafío para la evangelización de América Latina.

Los diez años que separan a Medellín de Puebla acentuaron el pecado, lo hicieron un sacrilegio institucionalizado, visto que los sistemas de explotación y opresión se hicieron más fuertes y las formas de represión más refinadas y violentas. Puebla asume el clamor de Medellín acentuado por la radicalización de la miseria de nuestro pueblo. Por eso, en los números 88 y 89 dice el documento:

"La Conferencia de Medellín apuntaba ya, hace poco más de diez años, la comprobación de este hecho: "Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte" (Pobreza de la Iglesia, 2) (Puebla 88).

"El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante" (Puebla 89).

La situación de injusticia en América Latina, gran desafío para la Evangelización como misión que define la Iglesia, es también el desafío para la vida religiosa. En esa perspectiva es como el N° 772 del documento de Puebla expresa la íntima relación entre la consagración religiosa y la misión evangelizadora en toda América Latina. Esa misión no es más que la continuidad del anuncio de la Buena Nueva en el actual momento histórico, anuncio que parece ser el lugar y el modo privilegiado de vivir la pobreza que caracteriza a la vida religiosa. La coherencia de nuestra vida con el anuncio de la Buena Nueva a los pobres es una exigencia de conversión continua, de pasos efectivos para que asumamos, con los riesgos que ella lleva consigo en nuestra historia actual, la misión liberadora de Jesucristo.

Parece claro que el anuncio de la Buena Nueva no es reducible a una única tarea histórica. Pero la Buena Nueva, la Noticia de la proximidad de Dios que "hace nuevas todas las cosas" hoy, implica, como condición irrevocable, que tomemos el clamor de los oprimidos como la voz del Señor que nos llama con insistencia.

Los párrafos del documento de Puebla especialmente dedicados a los religiosos (as) sitúan la vida consagrada como don del Espíritu y medio de Evangelización eficaz (N° 739). Esta perspectiva de **don y medio para**, define a la vida religiosa como una **gracia para** y no como un fin de sí misma. La gracia es siempre para el servicio de la comunidad humana y no apenas para un individuo y su círculo restringido. Por eso dice el N° 741: "Los consagrados comparten las fatigas, los sufrimientos, las alegrías y esperanzas de la construcción del Reino". Es, por lo tanto, con miras a la construcción del Reino como la consagración religiosa asume todo su sentido. En esta perspectiva el N° 733 anunciaba ya la "opción preferencial por los pobres" como la tendencia más importante de la vida religiosa latinoamericana, lo cual es extremadamente significativo dentro del actual contexto en el que vivimos.

Esos pobres seguramente están situados en algún lugar; el documento indica que se encuentran en zonas marginadas y difíciles, en misiones indígenas (N° 733); allí se encuentran algunos

religiosos. Y en seguida explicita la relación de los religiosos con esos pobres, mostrando que ella debe suponer "no supone sólo el desprendimiento interior y la austeridad comunitaria, sino también el solidarizarse, compartir y -en algunos casos- convivir con el pobre" (Nº 734).

Siguiendo el texto de Puebla podemos decir que todo ello se funda en la llamada del Señor a identificarse con EL "a partir de las bienaventuranzas" y, en la perspectiva del Misterio Pascual, "aceptan como propia la cruz del Señor, cargada sobre ellos y acompañan a los que sufren por la injusticia, por la carencia del sentido profundo de la existencia humana y por el hambre de paz, verdad y vida" (Nº 743).

Esa aceptación de la cruz asume su significado más profundo en la perspectiva de la Resurrección para la "novedad de la vida". En ese movimiento de muerte y vida, una vez más el documento afirma que los religiosos (as) "tienen como privilegiados a los pobres, predilectos del Señor" (Nº 743). Por eso, el párrafo 744 va a decir de la vida religiosa: "es, así, una afirmación profética del valor supremo de la comunión con Dios y entre los hombres, y un eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas".

A través de esa comunión, prosigue el texto, los religiosos "comparten sus bienes y anuncian la fraternidad de Dios y de sus dones; inauguran, de esta manera, la nueva justicia..." (Nº 747).

El mismo párrafo sigue mostrando de forma incisiva que viviendo de esa manera los religiosos (as) "son una denuncia evangélica de quienes sirven al dinero y al pobre, reservándose egoístamente para sí los bienes que Dios otorga al hombre para beneficio de toda la comunidad" (Nº 747).

Los párrafos dedicados a la vida religiosa en América Latina indican una orientación de la vida religiosa para fuera de sí misma, que debe ser profundizada en sus múltiples aspectos. En el presente artículo, hago apenas mención de esa orientación, especialmente en su aspecto de denuncia de la idolatría, de los falsos valores, del rechazo del Dios verdadero, Padre de Jesucristo. Por esa razón, existe una insistencia en unir la vida religiosa a la misión evangelizadora de la Iglesia en América Lati-

na, insistencia que atraviesa los párrafos que el Documento dedica a los religiosos.

3. LA EXIGENCIA ABSOLUTA DEL SEÑOR

Los párrafos anteriores recogieron rápidamente el contenido de la palabra episcopal latinoamericana a los religiosos. Sin duda, esa palabra episcopal tiene algunas raíces en el contexto de América Latina, en la Palabra del Señor expresa en las Sagradas Escrituras y en el Magisterio de la Iglesia. Sin embargo, la palabra episcopal es condicionada por una Tradición, por una situación histórica determinada y no puede ser tomada como un absoluto en sí misma. Es una palabra situada en una Palabra más grande que es el acontecimiento, la historia latinoamericana en la que vivimos. Esa historia es para nosotros el lugar de la manifestación del Señor, el lugar de la Alianza, el lugar de la Encarnación, de la Pasión, de la Muerte y de la Resurrección. Por eso, como cristianos, nuestra tarea es la de escuchar las palabras de nuestros obispos en confrontación y a la luz de la exigencia absoluta del Señor, es decir, la exigencia que no se limita a la obediencia de una Ley, de un precepto o de una exhortación, ni se limita una reducción de las exigencias del Señor a nuestras categorías o conveniencias. La exigencia del Señor debe ser leída en la historia de las relaciones inter-humanas, lugar en donde ella se hace carne.

Desde esas consideraciones es como podemos decir que cuando la palabra episcopal latinoamericana habla de "opción preferencial por los pobres", esa opción indica, de hecho, que la cuestión de los pobres fue relevante en el Documento, pues no sólo es especialmente importante sino además clamorosa en la realidad en la que vivimos. Sin embargo, es menester decir que éste es apenas el tratamiento de un aspecto del problema, tratamiento indicador de la gran preocupación de la Iglesia, de su atención primera en relación a los pobres. El problema de los pobres, como sabemos, es mucho más amplio y, en el caso específico de América Latina, adquiere proporciones de miseria continental, fruto de estructuras injustas, condenadas en diversos párrafos del Documento de Puebla.

Por eso, parece que la exigencia para nosotros hoy es no sólo la de dar más tiempo a los pobres, o más cosas a los pobres, lo que puede ser muy bueno y hasta digno de alabanza en ciertas ocasiones. La cuestión de la **"opción por los pobres"** no puede, por

lo tanto, reducirse a la mayor protección a los pobres, a los buenos sentimientos con relación a ellos, a hacer cosas por los pobres, a valorizar sus cualidades. Los pobres no son "las colonias de la caridad de los poderosos", ni la ocasión oportuna para sus "buenas acciones". Nadie puede instrumentalizarlos para ser caritativos. Si la caridad es una virtud teologal, es decir, una fuerza que viene de Dios, ella no se resume en hacer algunos actos de bondad y mantener el mundo tal cual es. Con relación a ello el profeta Amós, especialmente en el Capítulo 6, nos recuerda que el Señor abomina los regalos que los poderosos le ofrecen, abomina sus holocaustos y sus cánticos cultuales. Lo que El desea es la presencia del DERECHO y de la JUSTICIA, única alabanza aceptada por el Señor.

Del mismo modo, podríamos decir que los pobres no necesitan regalos o atenciones especiales que muchas veces los disminuyen en su dignidad humana. Lo que ellos necesitan es que entremos con ellos en la lucha de Dios por la instauración de la justicia entre los hombres.

Por esa razón, en todo cuanto hagamos es necesario tomar a los pobres como la primera referencia cristiana, la referencia desde la cual el Señor nos llama a la conversión en nuestro "hoy cronológico", nos llama a restaurar con El la justicia en el mundo. En esta perspectiva debe ser expresado lo "preferencial" del Documento en nuestra vida y práctica eclesiales, es decir, con un "a partir de, dado que son los pobres, por su condición y forma de presencia masiva hoy en América Latina, quienes enjuician el tipo de sociedad aquí instaurada, y en ese juicio se constituyen el propio JUICIO de Dios sobre nuestras acciones y nuestra historia. Además, a través de él es como la exigencia absoluta de justicia de Dios se hace exigencia para nosotros, y en ese mismo acto se manifiesta el mismo misterio de la trascendencia de Dios.

"Si mantenemos el sentido primero y directo del amor de Dios por los pobres en cuanto pobres -materialmente hablando si se quiere usar ese vocabulario-, nos situamos delante del misterio de la revelación de Dios y del don de su Reino de amor y de justicia, delante de algo que desafía nuestras categorías. El misterio de un Dios irreductible a nuestro modo de pensar, que nos juzga en el acto concreto e histórico, desde el pobre (Mt. 25) y que corta el paso del amor mentiroso que olvida al hermano y pretende dirigirse espiritualmente hacia El más para domesti-

carlo que para sentirse interpelado por su Palabra (1 Jn. 4, 2)" (G. Gutiérrez).

Fundamentalmente la exigencia absoluta de Dios significa colocarse en la perspectiva "desde los pobres", de manera que también los ricos serán evangelizados desde los pobres y no excluidos de la evangelización. Quien piensa en términos de exclusión, piensa en categorías no cristianas y con ello se engendra una serie de malentendidos que, en último análisis, llevan al desconocimiento de los mecanismos estructurales generadores de injusticias y de miseria, y de la complicidad en el mismo pecado social imperante en nuestro continente. Nos quedamos muchas veces en una actitud "reinvidicatoria" del derecho de los ricos al mensaje cristiano cuando el verdadero problema no está ahí. "¿Qué hiciste de tu hermano?" De esos que tienen hambre, que están desempleados, que son perseguidos, que son expulsados de sus tierras, que mueren en las aceras por falta de asistencia? Solamente a partir de ellos es como se deja oír el llamamiento de Dios; sólo a partir de ellos es como el Juicio del Señor (Mt. 25) se hace histórico en nuestra historia hoy, y nos impulsa a cambiar la actual figura del mundo.

Por lo tanto, los pobres, materialmente hablando, son también el lugar desde el cual los ricos se convertirán, reconocerán como Zaqueo su robo y entregarán a los pobres lo que por derecho les pertenece.

En esa luz es como el mandamiento del Señor "amen a sus enemigos" puede ser entendido: no favorecer al rico o al "enemigo" para que siga en su pecado. Ahora bien, eso sólo es posible si el motor de la conciencia fuere realmente histórico; en otros términos, si se mostrare en la sociedad como un pecado contra la fraternidad pedida por el Señor y, al mismo tiempo, como una exigencia para la construcción de esa misma fraternidad.

Dios hará "nuevas todas las cosas" si nuestra mirada se "adapta" a la mirada de Dios que no soporta ver a "los pequeños" en la indigencia y a los detentores del poder dominante "echados en lechos de marfil, comiendo los mejores corderos del rebaño" (Amós, 6, 4).

Por todo ello, el consejo a los religiosos, así como a todos los cristianos, debería fijarse en una opción por los pobres como primera y única condición para el anuncio del Reino del Señor. No

existe alternativa en cuanto a esta opción, puesto que ella corresponde al sentido pleno del seguimiento de Jesús, es decir, a hacer lo que El hizo: transformar la historia de los hombres en una historia de fraternidad, donde Dios pueda de hecho ser llamado Padre.

En esa nueva luz se podría hablar entonces de la "nueva justicia" (Nº 747) y aun de la construcción del "hombre nuevo", según los llamamientos de la justicia y santidad contenidos en el Evangelio de Jesús. La nueva justicia y el hombre nuevo son ideales abstractos, en el sentido de estar fuera del tiempo.

En Jesús, la justicia y el hombre nuevo se vuelven lo escatológico, es decir, se realizan en la dinámica del "ya pero todavía no" en nuestra historia. En Jesús se desenmascara la alienación religiosa, el mirar fuera de la historia, el mundo de los valores en sí mismos. Dios tiene que ser absolutamente reconocido en Jesús de Nazaret, descubierto en el rostro "del pobre, del huérfano y de la viuda". Si no fuere así seremos todos "mentirosos" como dice San Juan, adoradores de los ídolos estáticos y, en último análisis, negaríamos la propia trascendencia de Dios, que, a través del rostro humano, sufrido y colmado de injusticia, exige continuamente la conversión al amor verdadero.

En esta dinámica el nuevo Adán nace del viejo Adán, la nueva Tierra nace de la vieja Tierra. Toda la creación "gime con dolores de parto" y en la "alegría" para construir la misma comunión en Dios. Postergar esta tarea para un futuro remoto es no creer en la fuerza de la Encarnación, es no creer en la nueva vida de la Resurrección, es no creer en la acción de Dios en medio de los pobres, acción capaz de arrancarlos de la esclavitud para la libertad, de las tinieblas para la luz, de crear "un nuevo cielo y una nueva tierra" tan deseados por ellos.

4.¿EN QUE QUEDA LA POBREZA RELIGIOSA?

En la perspectiva que desarrollamos, la pobreza no aparece como un valor en sí misma. No existe esa perspectiva en el cristianismo. Eso sería una actitud tremendamente negativa con relación a la creación.

La primera actitud es la de considerar la creación como algo bueno. Por eso, el autor sagrado, extasiado delante de las maravillas que hizo el Señor, exclama: "Y vió Dios que todo era bueno" (Gn. 1, 10). Por lo tanto, el problema de la pobreza es de otro

orden, puesto que Dios no crea la pobreza sino que crea la tierra, las aguas, el sol, las estrellas, los vegetales, los animales, el hombre y la mujer. El hombre (humanidad), en su orgullo y ganancia, es quien, tomado por el pecado, instaure la pobreza como resultado de la mala distribución de los bienes de la tierra, como olvido de la fraternidad, como idolatría de la riqueza acumulada.

Desde ese momento se podría hablar de la existencia de la lucha fratricida que la Escritura simboliza tan bien a través de la lucha de muerte entre Caín y Abel. Cuando ella se instaure en el corazón de la historia, la presencia del justo, del pobre y de Dios se hacen insoportables. Son el aguijón de la conciencia, la exigencia absoluta dentro de los límites del egoísmo humano. Por eso, el pobre pasa a estropear la política de los imperios de este mundo, de sus representantes y sus previsiones. Su simple presencia incomoda; todos desprecian su lucha, a no ser Dios que está siempre con él en la conquista de su dignidad humana, de su derecho a la vida.

La participación en esta lucha del pobre es la que da sentido a la pobreza religiosa, no como un ideal en sí misma, sino como interpelación del modelo de felicidad excluyente que la sociedad de los ricos impone y cultiva.

Si el proyecto de Dios es llevar el mundo adelante, llevar la creación hasta la perfección, no existe entonces para el cristiano, incluyendo al religioso, otro camino que el de insertarse en el proyecto de construcción del mundo según el designio del Señor.

San Juan afirma que "Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único" (Jn. 3, 16), es decir, el propio Dios se entregó totalmente al mundo en el Hijo. En ese sentido se puede decir que quien no ama el mundo y en él a los hombres, no puede tener un comportamiento de pobreza. Los que no aman al mundo, o usufructan de él o lo desprecian. Podríamos decir que de una parte está el "burgués" que goza del mundo, lo explota para su propio placer; no ama el mundo; apenas se aprovecha de lo que el mundo tiene, hace del mundo un objeto de su propio uso. De otra parte está el falso asceta, aquel que desprecia el mundo. Tampoco éste ama el mundo y actúa como si el mundo no tuviera valor. El uno hace lo que quiere, hasta las orgías más absurdas puesto que lo instrumentaliza el mundo y, además, todo y todos los que están en él para su propio provecho. Es apenas un consumista. Quiere destruir el mundo en sí mismo hasta el mayor clímax po-

sible. El otro se dedica solamente a contemplar imaginariamente las verdades eternas, dado que no le interesa el mundo, no teniendo valor. Por eso se aleja de él, se separa como si fuera posible vivir en otro lugar fuera del mundo, como si fuera posible ser hombre sin mundo. Ambos caen en una actitud de desinterés por el mundo, cuyas raíces pueden ser identificadas con la fase decadente de la antigua cultura griega, de la cual el cristianismo fue cautivo, por mucho tiempo, en cierta medida.

La actitud de los que se desinteresan por el mundo conduce a la consideración de esta realidad histórica como sombra, sin valor. Consecuentemente hace que los hombres que a ella se adhieren, sean incapaces de cultivar la pasión necesaria para transformarlo y hacer de él un paraíso de todos.

Por lo tanto no existe para nosotros otra alternativa que la de entrar en la propuesta por Dios según la Escritura: **amar el mundo**. Entrar en él es asumir nuestra pobreza no como evasión del mundo, ni como absolutización de un valor en sí, sino como relativización de esta figura actual del mundo -en nuestra situación latinoamericana, la figura capitalista- con miras a una nueva figura portadora de liberación.

Lo nuevo está en gestación creciente en las incipientes organizaciones populares, en sus justas reivindicaciones, en sus pequeñas conquistas, en el debilitamiento del "dragón" que quiere devorar a ese pequeño recién nacido.

Nuestra pobreza es esencialmente asumir como nuestra la nueva imagen del mundo que estamos ayudando a engendrar, juntamente con los pobres. Ella nos llega como un niño frágil, desnudo, tembloroso, carente; tiene que ser entregada nuestra vida. "Si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn. 12, 24).

Como Dios ama el mundo y se entrega a él, así nosotros también sólo podremos decir que amamos a Dios si nuestra vida fuere una entrega para la construcción de un mundo fraterno. "Dios no mandó a su Hijo a este mundo para condenar al mundo sino para salvarlo" (Jn. 3, 17). Austeridad, desasimiento, convivencia, puesta en común (Nº 734), renuncia, vendrán sin duda no como elección inicial, sino más bien como situaciones propias para la búsqueda de la construcción de un mundo más humano.

5. SIGNOS ACTUALES DEL COMPROMISO DE LOS RELIGIOSOS (AS) CON LOS POBRES.

Es necesario reconocer que el mundo de las clases explotadas es todavía una realidad socio-cultural muy lejana de la experiencia de la mayoría de los religiosos (as) que durante siglos en América Latina permanecieron repitiendo sus obras tradicionales. Sin negar los numerosos servicios prestados a la sociedad, hay que decir que, de hecho, ellos estaban más unidos a las clases dominantes. Especialmente a esas clases la formación religiosa, las energías, el estudio, la oración, en fin, la fuerza de trabajo y la disponibilidad fueron entregadas en primer lugar. Las primicias fueron dadas a los dominadores y lo que sobraba era dado a los pobres, aunque existan excepciones, pero que no son la regla general.

Se da hoy un despertar de la conciencia religiosa, aún minoritario, de que los "primeros invitados" para el "banquete" no fueron dignos de él; entonces, como el Señor, se fue y se está yendo al encuentro de los leprosos, de los ciegos, cojos, prostitutas y tuertos, para con ellos construir el Reino, el "nuevo cielo y la nueva tierra".

Es importante notar que esa incipiente conversión no sucedió por medio de una "revelación" privada a algunos religiosos (as) más sensibles a la situación de miseria humana. Sucedió como una manifestación de la exigencia absoluta de justicia de Dios que, a través del clamor de hombres, mujeres y niños, intentan resistir a las fuerzas del mal luchando por la sobrevivencia y organizándose para decir su palabra en la historia. Son esos pobres los que llaman a los religiosos a la conversión, al cambio de vida. Son ellos los que les recuerdan el verdadero amor y alabanza al Señor. Son ellos quienes les devolvieron el verdadero sentido del Evangelio y, en especial, de las bienaventuranzas.

En ese sentido, la conversión a la causa de los pobres, que es la misma y única causa de Jesús, no es, como hemos visto, el privilegio de la iniciativa de algunos religiosos (as) o de familias religiosas, sino que es la respuesta al llamamiento suscitado por la fuerza del Espíritu de Dios, presente en la aparente debilidad de los pobres de América Latina.

Esa llamada clamorosa fue escuchada por muchos y algunas respuestas se esbozaron muchas veces, vigorosas y portadoras de liberación. Por eso merecen ser recordados algunos signos de esa

conversión:

- El número creciente de pequeñas comunidades religiosas en medio de la periferia urbana o en zonas rurales, que comparten y asumen con los más pobres sus sufrimientos, combates y esperanzas;

- la renuncia de muchos a comprometerse en la causa de los pobres con proyectos misioneros hechos de antemano, como fue tan común en la historia de la evangelización en América Latina;

- la decisión consciente de varias congregaciones religiosas de revisar no sólo la aplicación de sus bienes, sino su misma posesión y de asumir una postura profético-crítica con relación a la sociedad capitalista, por ejemplo, rechazando capitalizar sus bienes;

- la puesta en común de los bienes materiales "extra-muros", es decir, haciendo de los bienes acumulados en la congregación -tal vez sin mucho esfuerzo y a veces ilícitamente según el Evangelio aunque lícitamente según las categorías de la honestidad burguesa- bienes que benefician a los más necesitados de nuestra sociedad;

- la renuncia creciente al "privilegio" religioso expresado en el rechazo al favoritismo y a la complicidad con los dueños del poder;

- el número significativo de intelectuales religiosos (as) que ponen su fuerza, estudio, creatividad al servicio de la causa del anuncio del Reino de los pobres;

- el aumento de permisos para la utilización de locales propiedad de los religiosos (as), antes apenas de uso exclusivo, para reuniones populares y/o eclesiales;

- el permiso y hasta insistencia de participación en reuniones o encuentros de religiosos (as), de seglares que trabajan en las mismas comunidades de base o en los mismos sectores.

Esos pasos significativos no excluyen la presencia de las sombras ya tan conocidas y tan recordadas. Sin embargo, son el anuncio de denuncia de la necesidad de radicalizar nuestras opciones, es decir, de llegar a las raíces históricas y bíblicas de nuestro compromiso con la causa de los pobres.

Todos esos pequeños signos nos muestran que de ahora en

adelante nuestras esperanzas toman cuerpo, se encarnan e integran en las esperanzas de liberación de los pobres y no sólo en la realización de un ideal de vida religiosa pre-establecido y regularmente definido.

La frágil esperanza del pueblo de tener agua y luz en casa, de que venga la lluvia, de tener mejores condiciones de trabajo, de tener la tierra para trabajar, los frutos de la tierra para comer dignamente, es la que pasa a alimentar la esperanza de ese nuevo resto de religiosos y religiosas.

Si su pobreza pasa a ser el compromiso con los pobres para la transformación de la sociedad, entonces las esperanzas del pueblo pasan a ser sus mismas esperanzas. Solamente así, el misterio de Dios que se hizo carne y habita entre nosotros adquiere nuevo sentido, porque su Reino empieza a tener formas perceptibles en la espera y en la conquista de las esperanzas de los pobres de esta tierra.

CONCLUSION

A modo de conclusión me gustaría recordar rápidamente cómo en un tiempo de cristiandad ciertas cuestiones, por ejemplo la de los llamados consejos evangélicos -pobreza, obediencia, celibato- se circunscribían apenas a la vida religiosa institucional. Hoy, en un tiempo de post-cristiandad, de nueva paganización de la sociedad a causa de la proliferación de los ídolos producidos y consumidos, aquellos consejos dejan de limitarse apenas a la vida religiosa como institución y pasan a ser exigencias para todos los cristianos, como condición para el seguimiento de Jesucristo.

La pobreza, por ejemplo, pasa a ser una gran cuestión para todos, dado que el desafío de la justicia que ella representa, es dirigido a todos los "hombres de buena voluntad". El voto de pobreza es reinterpretado a la luz del compromiso con los pobres y ese compromiso no es tarea específica de los religiosos, sino una exigencia dirigida a la conciencia cristiana.

A la luz de los cambios operados en la sociedad se operan también hoy los cambios en la vida religiosa institucional. Ella no es una realidad ontológica inmutable, sino que es una realidad histórica, misionera, para un tiempo y un espacio determinado. Por tal razón los llamados consejos evangélicos se someten a aquello que es llamamiento radical de nuestro momento. La respuesta a esa llamada es lo que da un nuevo sentido a la pobreza,

a la obediencia y al celibato.

A través de la pobreza tenemos la posibilidad de una comprensión nueva, adecuada a nuestro tiempo, tanto de la obediencia cuanto del celibato.

Desde el compromiso con los pobres en la construcción de una nueva figura de mundo, tenemos que intentar descubrir en las situaciones de más rigurosa "obediencia" a que nuestro pueblo está sometido, a través de los horarios de trabajo, del autoritarismo, de la represión, de los espacios vigilados, la posibilidad de abrir brechas para la libertad, abrir caminos para que las semillas de un nuevo rostro de la sociedad puedan germinar.

La "obediencia" del pueblo está desprovista de libertad. Es condición de sobrevivencia, obediencia bien distinta de la nuestra en donde, en último análisis, nuestra sobrevivencia no está amenazada. Para nosotros, aun dentro de ciertos límites, existe el ejercicio de la libertad. Delante de eso, se impone una cuestión: ¿no será una tarea para nosotros estar presentes en los lugares de "obediencia" del pueblo, asumiendo su condición y luchando con ellos con miras a la liberación común, solamente posible en la dinámica de la mutua obediencia, en donde nadie oprima y nadie se deje oprimir?

Como el Señor Jesús que "se hizo obediente hasta la muerte y muerte de la cruz", nuestra tarea es retomar la obediencia no como un asentimiento sin cuestionamiento, sino como un movimiento para la liberación histórica de nuestro pueblo.

La obediencia de Jesús ya contiene la presencia de la resurrección: no es masoquista, sino que trae en sí un futuro nuevo, la nueva vida.

También el celibato encuentra su luz en esa misma opción por los pobres. Por causa del Reino es posible encontrar el dinamismo para no constituir su familia, su hogar, sino para entregarse en actitud de servicio y disponibilidad a la familia humana históricamente situada.

"Hay hombres que nacen incapaces para casarse. Hay otros que fueron mutilados por los hombres. Hay otros que por amor al Reino de los Cielos han descartado la posibilidad de casarse" (Mt. 19, 12).